

CELEBRACIÓN DEL DIVINO NIÑO DE PRAGA EN SAN ANTONIO YONDEJE

Santos Juan Zúñiga Romo e Iván Renato Zúñiga Carrasco

Asistir a una festividad en San Antonio Yondeje, población del Estado de México con cerca de mil habitantes, es sumergirse en un mosaico de colores y sonidos, expresiones de la diversidad con la que se enfrenta. Es posible ver como la inocencia de los niños y su devoción por el Divino Niño de Praga lo hace soportar largas jornadas de caminata, baile, cargando la tambora y soportando en ocasiones hambre. Entender esta devoción no es sencillo, implica concebirla como un todo en el que entran en juego muchos aspectos mágico-religiosos. Esa diversidad es comprensible solo si se enmarca en la concepción particular que un pueblo se hace del mundo y de la forma en que se ordenan las cosas existentes en él. Los santos son objeto de veneración universal, como intercesores entre el hombre y Dios. La comunidad y principalmente los niños mantienen lazos simbólicos con su Divino Niño, ya que es la imagen de Dios para el éxito en la cosecha, buenos ingresos en el comercio, la sanación de un enfermo o alguna causa difícil de resolver.

Antecedentes de culto al Divino Niño

El origen de la celebración se remonta al año 2004, el señor Eusebio Monroy Sánchez oriundo de la localidad de Santiago Maxda del mismo municipio de Timilpan, a manera de “promesa religiosa”, obsequió tres imágenes de pasta y resina del Divino Niño de Praga, una a la población de donde él era originario, otra a la iglesia del municipio San Andrés Timilpan y la tercera a la iglesia de San Antonio Yondeje. El señor Eusebio se reunió con un matrimonio constituido por el señor Margarito Navarrete y su esposa Apolinaria García, a los cuales los nombra “padrinos” de la imagen; a su vez, constituyen un Comité, el cual consiste en: presidente, tesorero y secretario, representantes encargados de organizar misas y festejos en honor del Divino Niño, asimismo a gente del pueblo se le invita a colaborar como “padrinos del Niño”. En ese año, al estar constituido el Comité, se realiza una peregrinación para llevar al Divino Niño a la Iglesia de San Antonio Yondeje. Cada 20 de julio se le realizaban misas en su honor. Fue a partir del 2008 cuando el párroco de la iglesia sugirió que se realizaran festividades a la imagen del Divino Niño, ya que como San Antonio es el Santo Patrono del Pueblo, la imagen de Jesús debía tener otra iglesia y festejos aparte. El señor Margarito, por ser el

“padrino mayor”, juntó a varios niños de la comunidad con sus hijos para que hicieran una peregrinación casa por casa en la comunidad para recolectar dinero para la fiesta del Niño. En un inicio eran niños entre los 7 y 13 años de edad, que llevaban una imagen de papel del Niño en una caja de madera, la cual servía de alcancía; con una cubeta y unos botes de metal simulaban tambores, simulaban melodías, mientras otros niños vestidos con ropa vieja, un ayate en la espalda, una máscara que simulaba un anciano y un sombrero sacaban a bailar a las niñas o jovencitas al ritmo de los escualidos instrumentos. Antes que los niños bailaran y tocaran, una señora rezaba un rosario e iniciaba el ritual. Un señor que pasaba por la localidad, conmovido por lo que hacían los niños (ya que los adultos no estaban totalmente involucrados), les obsequió unos tambores pequeños y una imagen de pasta del Divino Niño; un año más tarde pudieron comprar una tambora y un tambor. Este ritual es similar al que se realiza cada año en la víspera de la fiesta de San Antonio de Padua.

Estos últimos años la celebración del Divino Niño de Praga ha tenido logros considerables, ya que el número de “padrinos” asciende a 20, la mayoría oriundos de Yondeje, comunidades aledañas, Toluca y el Distrito Federal. Cada “padrino” hace una cooperación para la celebración y lo que recaudan estará destinado para los “toritos” y “castillos”, arreglos florales, misas, y lo restante para continuar la construcción de la iglesia. Los padrinos o mayordomos asumen su cargo como una cuestión de fe y como un compromiso con el Niño, con los “compadres”, pero también con el pueblo: el compromiso de que lo que hoy se tiene sobrevivirá y será aún mejor el próximo año.

La víspera inicia el 7 de julio, los niños que van hacer la peregrinación a las casas comienzan a “ensayar”, esto es, preparan sus tambores, el “torito” (estructura de carrizo cubierta con petate, sobre el cual se colocan adornos de papel de china de colores) que van a bailar, alistan sus máscaras e indumentaria. El Divino Niño sirve para la peregrinación y es devuelto a su capilla al terminar la jornada, cuando se realiza una misa. Son aproximadamente 32 niños los que salen en procesión a cada casa del pueblo, tocando la tambora; dos niños que llevan las máscaras, nombrados “xhitas” (en lengua otomí) son los que hacen sonidos guturales tipo animales de monte, gritan, silban fuertemente, llevan un chicote y en su camino asustan a todos los que se atraviesen en su camino, principalmente

otros niños pequeños, niñas y jovencitas. Antes de llegar a las casas piden permiso para rezar y “tocar unas canciones”; en las casas, dependiendo de las posibilidades económicas, les dan algún alimento a los asistentes o en todo caso les dan dulces y refresco. Hay una señora y algunas niñas que llevan al Niño, son las que interpretan alabanzas al ritmo de la tambora mientras los xhitas se divierten. Una vez terminadas las alabanzas el dueño de la casa traslada a los niños a otro hogar y así sucesivamente. Si hubiera una casa que esté vacía o abandonada de cualquier manera tocan la tambora y los xhitas bailan. Generalmente hay más varones que niñas ya que es una actividad muy cansada, pues inician a las nueve de la mañana terminando a las 17 horas, efectúan un recorrido de aproximadamente dos kilómetros. Existe disciplina y devoción en los niños, aunque los más pequeños en ocasiones llegan a aburrirse y se retiran de las actividades antes de terminar el recorrido del Niño. El día 19 de julio los niños, cual si fueran adultos, queman los “toritos” en la noche y se queman los castillos; al día siguiente se realiza la misa mayor, bailan y cantan “los concheros” en honor al Niño y toca una banda de música.

Dice la historia que los xhitas es una danza prehispánica de origen Otomí, donde le dedican el culto a la madre tierra, para tener buenas cosechas. Al iniciar esta tradición los Otomíes se colocaban su penacho llamado *Xhirgero* o greñero para la guerra imitando al toro, así mismo silbaban su cuerno para alejar al rayo en las lluvias, se cubrían con un cuero de vaca, conejo, ardilla, zorra, el rostro en forma de máscara para poder ver en la oscuridad y así burlarse de la muerte, la vestimenta era de ixtle rasgado sacado del maguey, asimismo usaban el chicote de ixtle para espantar a los malos espíritus, cuando llegaban las sequías. Su baile para la buena cosecha es la brazada, donde dos xhitas se abrazan para que el maíz brote muy pronto su hojita, cuando terminan de bailar truenan el chicote y se alistan para la guerra, defendiendo sus territorios de otras tribus, a esto se le llama brincada. Los xhitas se dividen en: xhita viejo, compuesto por un hombre disfrazado con una máscara de anciano y harapiento; la madama esposa del anterior con un atuendo femenino a la usanza otomí tradicional: enaguas de lana negra, fondo blanco de algodón con bordados. Xhita joven, hijo de la pareja.

Desde el punto de vista sincrético, todo esto nos recuerda la devoción que tienen los practicantes de la Regla de Ocha en varios de nuestros países a Elegua, el Orisha de los caminos. El que guarda las llaves de las puertas de la prosperidad y la pobreza. Él es el primero que llamamos cuando necesitamos puertas y caminos abiertos. El responsable de que hagamos nuestra propia elección y decisión para cumplir cualquier tarea. El más pequeño de los Orishas. Es bromista, pícaro y camorrista. Abre y cierra todos los caminos y las puertas, a los dioses y mortales y lo hace a su capricho. En San Antonio Yondeje se festeja en

junio a San Antonio de Padua y al Divino Niño en julio. Elegua sincretiza ambos santos en la Regla de Ocha.

Finalmente podemos comentar cómo la inocencia de los niños de llevar casa por casa al Divino Niño cada año, se está volviendo una tradición que formará parte permanente de la población de San Antonio Yondeje. Los pequeños caminan por toda la población haga calor, llueva o el cansancio los empiece a agobiar, pero el sonido de la tambora y el baile del “torito” hacen que el cansancio quede a un lado, más cuando los dueños de la casa que visitan salen con gusto a recibirlos ya que se trata del Niño Dios que llega al hogar para abrir las puertas de la buena fortuna.

El sonido de la tambora armoniza la casa, invita a bailar a los asistentes, sintiendo como laten sus corazones al compás de cada golpe del instrumento de percusión, la tambora es energía vibrante, es la fuerza de la vida misma, es el sonido de la guerra contra la sequía, guerra contra la adversidad, guerra contra la enfermedad, guerra contra todo lo negativo. La máscara y el chicote alejan o asustan a los espíritus malignos. La máscara oculta la identidad de la persona generando un estado de ecuanimidad al momento de recibir el diezmo o los alimentos que otorguen los habitantes de la casa. El ayate es símbolo de humildad, ese respeto a lo sacro, a lo místico. El “torito” es símbolo de abundancia pues uniendo dos rumiantes se forma la yunta para sembrar, es la energía viril que necesita la tierra para fecundar, el toro es símbolo de status, es la fuerza para realizar proezas. Quemarlo en el atrio de la iglesia un día antes de la festividad es la expresión más sublime de las inmolaciones que se realizaban en la antigüedad cuando se sacrificaban los toros ofreciéndolos a los dioses. Los niños los queman cual si fueran adultos, tres niños son los involucrados, uno es el que carga el “torito” y dos más van a su lado, acompañándolo. Quemar el toro es quemar todo lo negativo para que renazca lo positivo. Es la renovación del ciclo de la vida.☞

Santos Juan Zúñiga Romo (Ciudad de México, 1945). Mexicano, estudió en la Universidad Nacional Autónoma de México la carrera de Psicología y en la Universidad del Valle de México la carrera de Relaciones Industriales. Ha laborado en empresas de alto nivel como: INFRA, Chrysler de México, Minera Autlán, Productos de Maíz, ACCOR, Kimberly Clark y Mega Radio de México. Ha sido asesor en diversas empresas de giros tales como: industrial textil, confección de ropa y empresas de comunicación. Dentro de su desarrollo profesional ha efectuado investigaciones socio-económica y socio-culturales, para optimización de los Recursos Humanos.

Iván Renato Zúñiga Carrasco (Ciudad de México, 1973). Mexicano, Médico Cirujano y Homeópata egresado de la Escuela Nacional de Medicina y Homeopatía del Instituto Politécnico Nacional, con Especialidad en Epidemiología en la Dirección General de Epidemiología de la Secretaría de Salud, Maestría en Dirección de Gobierno y Políticas Públicas, Universidad del Sur. Actualmente es Jefe del Departamento de Epidemiología del Hospital General Regional 251 del IMSS en Metepec, Estado de México, Ha participado en desastres, brotes de enfermedades y problemas socio-organizativos como el levantamiento armado en Chiapas. Tiene diversas publicaciones con temas sobre: epidemiología, salud pública, infectología, salud social, navegación maya, arquitectura maya y sistemas religiosos sincréticos.